

Dos nuevos monumentos de la Antigüedad en Granada: Un circo romano y una basílica visigoda

Fernando Nicolás VELÁZQUEZ BASANTA

BIBLID [0544-408X]. (2007) 56; 273-278

En la magna 'Enciclopedia Granadina' (en árabe *al-Iḥāṭa fī aḵbār Garnāta*. Ed. 'Inān. El Cairo, 1973, vol. I, pp. 118-9), obra del célebre visir y polígrafo de Loja Lisān al-Dīn Ibn al-Jaṭīb (s. XIV) que vengo estudiando desde la época en que fui profesor en la Universidad de Granada, hay un pasaje muy interesante e inexplorado hasta el momento en el que el autor, tras hacer una detallada descripción de las huertas y jardines que en su tiempo había en las orillas del Genil, nos da una importante noticia sobre la que, hasta donde alcanza mi conocimiento, nadie ha reparado todavía.

Los granadinos en general, y muchos de los forasteros que cada año visitan la ciudad atraídos por el reclamo de sus monumentos, conocen la existencia de una ermita dedicada a San Sebastián que se encuentra al final del Paseo del Violón, a la vera del Genil, y que antaño fue rābita musulmana. Saben también los granadinos que junto a los muros de esta rābita entregó Boabdil a los Reyes Católicos las llaves de Granada, y que muy próximo a ella se conserva todavía parte de un palacio árabe que se conoce por el nombre de Alcázar Genil. Todo el mundo sabe igualmente que para llegar a estos monumentos, cuando se viene de Granada, hay que cruzar el río por el hermoso puente del siglo XI (árabe y no romano, como comúnmente se dice, al menos en su actual factura) que las gentes llaman unas veces el Puente a secas, y otras el Puente del Genil. Sin embargo, en ese amplio descampado que se extiende a la orilla izquierda del río, entre la embocadura del puente y las tapias de la rābita-ermita de San Sebastián, es decir, en el mentado Paseo del Violón, hubo en tiempos pasados algunos monumentos que ya eran antiguos en la época nazarí, según dice expresamente Ibn al-Jaṭīb, monumentos de la Antigüedad sobre los que no tenemos otra noticia que la que nos aporta el sabio de Loja en su *Iḥāṭa* y de los que no queda en la actualidad más vestigio que el solar.

En síntesis, los monumentos de que nos habla Ibn al-Jaṭīb son dos: Un pabellón de sillares de piedra, que estaba adosado a un edificio cuyas características ignora-

mos porque la *Ihā'a* no aclara nada al respecto, y un recinto de espléndida factura, limitado por un ala edificada al este, unas huertas al oeste, y a norte y sur el río Genil y el camino que conduce a Armilla, donde se encuadraba la zona central destinada a juegos o ejercicios sin especificar y que se utilizaba especialmente en los días festivos. Pero dejemos que sea el propio Ibn al-Jaṭīb quien nos ilustre sobre el tema con su personal modo de decir, que en esta ocasión, como en otros muchos casos, es eminentemente literario:

“El río de Granada es uno de los galardones de esta capital. Sus aguas son las lágrimas de la nieve que se funde y la saliva del hielo, y su cauce va sobre guijarros preciosos, junto a la vegetación y a las sombras que lo envuelven, recorriendo los límites de la ciudad desde el mediodía hasta el ocaso y pasando entre los altos y elevados palacios del Naʿyḍ (= loma del Barranco del Abogado) y eminentes collados.

Las gentes de la capital tienen pasión por estas huertas, y en la parte alta del río hay para los exquisitos sesteaderos de arena fina, y escondrijos para el galanteo entre la tupida arboleda; también hubo en Granada una alameda, llamada de Mu'ammal por uno de los servidores del estado badisí (e.d., del rey Bādīs, de los ziríes del s. XI), que fue antaño aquí muy famosa, y que yo mismo he alcanzado a conocer (= Paseo del Salón).

Los poetas han tenido siempre verdadera pasión por describir este río, hasta el punto de que algunos fueron en ello demasiado lejos, pues lo pusieron por encima del Nilo al tener su nombre una *šīn* de más, letra que vale tanto como 1000 si se emplea como cifra numeral; de esta manera el Genil (*Šinīl*) es como un Nilo (*Nīl*) multiplicado por mil, según la equiparación que acostumbra a hacer la desmesurada imaginación de los poetas en casos como éste.

Sobre este tema tengo yo una adivinanza que dirigí a mi maestro Abū l-Ḥasan Ibn al-Ŷayyāb —¡que en paz descanse!—, el cual había compuesto también sobre el particular unos versos que rezuman sentida emoción. Héla aquí:

¿Cuál es el nombre
que, añadiéndole el número mil,
conserva su significado
sin aumentar ni disminuir?

Es el que nombra a dos ríos
que se llaman igual
y difieren en dos cosas:
el país y la cantidad.

Viene a continuación esa maravilla antigua y peregrina que está dividida en dos partes: Un pabellón de cinco lados (*jams*) sólidamente construido con sillares de piedra de toba (*kaddān*), que es obra de extrema originalidad y perfección, y contiguo a él un edificio (*bi-*

nā') de fábrica bien acabada y antigua que está situado enfrente del circo (*mal'ab*) donde se celebraban los juegos en los días de fiesta, el cual va desde el final del puente sobre el Genil hasta las tapias de la rábita y es un circo de extraordinaria figura, con un ala magnífica a la derecha, a lo largo del área de juegos la corriente del río, y a la izquierda las huertas, llegando, después de acabar en la rábita, a la misma puerta del palacio que se dice Alcázar Saíd y del que se tratará más adelante. De este río de límpido caudal se elevan tantos caces de agua, que los numerosos molinos que se mueven con ellos no tienen parangón en capacidad ni en utilidad”.

Ahora bien, ¿cómo ha de interpretarse este último pasaje? Ibn al-Jaṭīb describe en segundo lugar un edificio al que llama *mal'ab* (= campo de juegos), palabra que tanto puede aplicarse a un estadio, como a un circo o teatro, incluso en árabe moderno, pero que referida a la Granada nazarí, y ante la ausencia de otras noticias sobre el particular para esta época, tenemos que pensar que se trata más bien de un edificio romano (para Pedro de Alcalá, a principios del s. XVI, *mal'ab* es “teatro do hazian juegos”). Así que, por la forma alargada del solar que nos ha quedado, por sus dimensiones y por no carecer de graderío que, aunque el texto no lo diga, podría haber estado situado en su ala oriental, este edificio tiene todas las trazas de haber sido un circo romano, y la mayor prueba que se puede aportar sobre su existencia, aparte del texto de Ibn al-Jaṭīb, es que el antedicho solar se ha conservado intacto hasta hoy convertido en el Paseo del Violón, y que el camino de Armilla lo ha respetado siempre, circundándolo en ángulo recto.

Pero antes de referirse a este circo romano, el sabio de Loja alude a una «maravilla antigua y peregrina» que, según él, comprendía dos edificaciones: Un pabellón de base pentagonal y un edificio adjunto, que debían de estar situados en el solar que actualmente ocupan la iglesia y el colegio de los PP. Escolapios. Su vista sería espectacular todavía en aquel tiempo, pues él mismo califica al conjunto como una edificación antigua, extraordinaria, original y perfecta. El pabellón, que era de sillares de piedra, aparece nombrado en verdadero alarde literario del autor con una audaz sinécdoque (*jams* = cinco), voz que pone el acento en su nota más característica, esto es, la forma pentagonal; pero el edificio adjunto sólo viene designado por un término sencillo, *binā'*, que significa precisamente eso, ‘edificio’, de todo lo cual se infiere que Ibn al-Jaṭīb no sabía muy bien qué clase de monumentos tenía delante. Por nuestra parte mantenemos que, dada su antigüedad y acabada perfección, ambos edificios debían de remontarse a tiempos anteriores a la invasión árabe en el año 711, razón por la que nos atrevemos a sugerir que dicha construcción antigua se trataba bien de un templo romano, bien de una basílica paleocristiana o, mejor todavía, visigoda.

¿Y habría alguna posibilidad de identificar esta construcción? Para ello vamos a echar mano de una famosa lápida que se conserva en el Museo de la Alhambra y que

ha sido estudiada por muchos especialistas, sin que hasta ahora se haya explicado convincentemente toda la información que en ella se contiene.

La losa, de mármol blanco, mide 0,52 m x 0,59 m y contiene una inscripción conmemorativa que constituye un testimonio de vital importancia para la historia de Granada, pues su texto latino viene a decir que un noble godo llamado Gundiliuva mandó construir entre finales del siglo VI y comienzos del VII, a sus expensas y con obreros propios, tres iglesias que ofreció «a la gloria de la Santísima Trinidad» y puso bajo la advocación de los santos Vicente, Juan el Bautista y Esteban, respectivamente y por este orden que es el cronológico. Según Bermúdez de Pedraza (*Historia Eclesiástica*. Granada, 1638, part. II, cap. XXI, f° 75), esta lápida se descubrió a finales del siglo XVI al abrir zanjas para los cimientos de la iglesia de Santa María de la Alhambra, obra cuya fábrica exigió la demolición de la mezquita que levantara el sultán granadino Muḥammad III a comienzos del siglo XIV, dejando al descubierto, además de la mencionada lápida, «muchos edificios con demostraciones y señales de haber sido edificadas de antes que la dicha mezquita fuese fundada», según consta en una relación citada por don Manuel Gómez-Moreno (*Monumentos romanos y visigóticos de Granada*. Granada, 1889, p. 10, nota 1) que hizo el beneficiado de la misma iglesia Fernando de Molina, uno de los obreros de los trabajos, en cuya casa estuvo depositada largo tiempo la lápida.

Para Gómez-Moreno, cuya opinión comparto, la iglesia de San Vicente es la que yace bajo la mezquita nazarí de Muḥammad III, que se consagró, según la inscripción fundacional, el día 22 de enero del año 594, festividad del mártir valenciano, y quizá por ello de carácter martirial.

La tercera, la de San Esteban que fue consagrada en el año 607, es muy probablemente la misma que Ibn al-Jaḥīb, en otro lugar de su *Iḥāṭa* (vol. I, pp. 107-108), dice que «la había fundado para los cristianos un gran señor de la gente de su religión (Dozy y Gómez-Moreno suponen que es Gundiliuva), a quien uno de los reyes godos de Granada puso al frente de un grueso ejército de caballeros cristianos». La iglesia «no tenía par en cuanto a fábrica y ornamentación», y «estaba a las afueras de la capital, a dos tiros de flecha, frente de la Puerta de Elvira y en la encrucijada del camino y el canal que lleva el agua de la Fuente Nueva a Cújar (= alquería de la Vega hoy desaparecida, que en el s. XVI era un anejo de la parroquia de Pulianas)», es decir, en las inmediaciones de los Jardines del Triunfo donde hoy está la iglesia de los PP. Capuchinos, un lugar, quizá una villa romana, a la que la inscripción de Gundiliuva llama con el nombre de Natívola. Esta iglesia fue desmantelada por los granadinos que un buen día salieron en tropel de la ciudad y se llevaron sus despojos y ornamentos, destruyéndola de arriba abajo a instancias del emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn, «el cual ordenó su demolición para atraerse el favor de los alfaquíes y la benevolen-

cia de sus fetuas», el lunes 23 de mayo del año 1099, según precisa el polígrafo granadino, quien añade que «su lugar es hoy bien conocido, y el tramo de sus muros que todavía está en pie da cuenta de la perfección y firmeza que tuvieron. En una parte de esta iglesia está el famoso enterramiento de Sahl ben Mālik, ¡descanse en paz!», que era un celeberrimo predicador granadino originario de la aldea de Cújar. Lo que no dice es que esta iglesia, con ser una maravilla, estorbaba a los musulmanes que no veían con buenos ojos que los cristianos pisaran las sepulturas del cementerio para llegar al templo.

Respecto a la segunda, la de San Juan Bautista que fue consagrada entre los años 594 y 607, podemos afirmar, después de conocido este texto, que no hay ningún obstáculo para identificarla con el edificio (*binā'*) y el pabellón de cinco caras (*jams*) de que venimos hablando, ubicándose por tanto al otro lado del puente, en la orilla izquierda del Genil, en el actual emplazamiento de la iglesia de los PP. Escolapios. Conviene recordar que aquí mismo estuvo con anterioridad el monasterio de los PP. Basilios, fundado en el año 1616 en una casa de recreo del primer Marqués de los Trujillos, antepasado de los Duques de Gor, la cual era conocida por Casa Blanca y estaba situada en el centro de una extensa finca en la que además, según la relación del Navagero, hubo palacios árabes (en el solar donde hoy se ubica el colegio del Sagrado Corazón), uno de los cuales debe de ser el que don Francisco J. Simonet (*Cuadros históricos y descriptivos de Granada*. Madrid, 1896, p. 132) llama de *Genín Alcadi* o Huertos del Alcalde, por un famoso cadí de Almería de nombre Ibn Adhà, añado yo, que llegó a ser gobernador de Granada a mediados del siglo XII; también parece oportuno decir que más arriba de esta finca estuvo la ermita de San Antón el Viejo, junto al Puente Verde, de la que Bermúdez de Pedraza dice que se construyó sobre un morabito.

Pero ¿qué se puede avanzar del pabellón de base pentagonal que estaba adosado a esta iglesia? En primer lugar que, aunque por fuera aparentase tener sólo cinco lados, en su interior tendría seis, pues el sexto de sus muros debía de ser el que le daba acceso a la iglesia. Y en segundo lugar que con toda probabilidad se trataba de un baptisterio, del estilo de los que con frecuencia encontramos en las iglesias paleocristianas tanto en España como en Italia, por lo que no se puede descartar cierta influencia bizantina. La iglesia, por consiguiente, tendría carácter bautismal, cosa lógica si estaba dedicada a San Juan Bautista, por lo que se ubicó a la orilla del río, pues esta práctica cristiana necesitaba de abundantes aguas porque se hacía por inmersión.

Y con esto dejo el testigo a los arqueólogos y a los estudiosos del pasado granadino, mas no sin hacer votos por que se puedan emprender trabajos que en su día permitan rescatar para Granada unas venerables ruinas de la Antigüedad, o al menos los indicios de su cimentación, que sin duda deben de seguir en el lugar que con tanta

precisión nos señala el erudito Ibn al-Jaṭīb (de hecho, en los años 70 del pasado siglo se descubrió «un gran lienzo de muro paralelo al río Genil, a unos dos metros de profundidad, por delante del colegio de los PP. Escolapios», según escribe Enrique Pareja López, *Granada*. Granada, 1982, t. III, p. 893), y que, si pudieran hablar, nos aleccionarían sobre el pasado de la ciudad antes de la dominación musulmana. La arqueología tiene ahora la palabra.

Para concluir, quisiera señalar brevemente que el acertijo jatibiano incide en la ponderación tópica que sus paisanos, verdaderos entusiastas de Granada, acostumbraban a hacer de todo lo suyo, y naturalmente también del Genil, con lo que el autor viene a incurrir en el mismo defecto que achaca a los poetas, es decir, proclamar con una sonora y andalucísima hipérbole que su río es superior al Nilo, pues de ellos vale un millar.

Cádiz, a 12 de diciembre del año 2003